



El conflicto: donde aprendemos a vivir juntos

Por HeyZeus Oak

Cualquier persona que haya pasado tiempo con niños pequeños conoce ese momento. Dos niños alcanzan el mismo juguete al mismo tiempo. Uno tira mientras el otro empuja. Una torre se cae. Un llanto estalla en la habitación. En cuestión de segundos llaman a un adulto para que ayude a resolver lo que ha ocurrido.

Para muchos adultos, estos momentos se sienten como problemas que deben resolverse rápidamente. Imaginamos que una infancia tranquila debería estar libre de conflictos. Cuando surge un desacuerdo, sentimos el impulso de intervenir de inmediato, decidir quién tuvo la culpa y restablecer el orden lo antes posible. Sin embargo, el conflicto no es un error de la infancia. En muchos sentidos, es uno de los lugares donde los niños comienzan a aprender a vivir con otros seres humanos.

Los niños pequeños todavía están descubriéndose a sí mismos. Sus impulsos son fuertes, sus emociones surgen con rapidez y su capacidad para manejarlas apenas está comenzando a

desarrollarse. Al mismo tiempo, están descubriendo algo igual de importante: otras personas existen, y esas personas también tienen deseos, intenciones y límites propios.

Cuando dos niños quieren el mismo juguete, ninguno cede con facilidad. Cada uno vive la situación desde el centro de su propio mundo. A través de encuentros como estos, el niño comienza poco a poco a descubrir que el mundo no gira completamente alrededor de sus propios deseos.

Durante la mayor parte de la historia humana, este tipo de encuentros ocurría constantemente. Los niños crecían rodeados de otros niños. Hermanos, primos, vecinos y compañeros de juego formaban una pequeña sociedad en la que los niños pasaban gran parte de su tiempo juntos. Dentro de esta pequeña comunidad discutían, competían, cooperaban y se reconciliaban muchas veces al día. Experimentaban frustración cuando otro niño no quería compartir. Aprendían a negociar espacio, a reparar juegos que se habían roto y a volver a jugar después de un conflicto. Estos momentos no estaban diseñados como lecciones. Simplemente formaban parte de crecer.

La infancia moderna muchas veces se desarrolla de manera diferente. Las familias son más pequeñas y muchos niños pasan gran parte de sus primeros años principalmente con adultos. Los adultos, naturalmente, se adaptan a las necesidades y ritmos del niño. Ceden, acomodan o suavizan las dificultades de una manera que otros niños no suelen hacer.

Otro niño, en cambio, trae su propia voluntad a la situación. Quiere el juguete. Quiere su turno. Quiere que el juego ocurra a su manera. Cuando los niños se encuentran, sus voluntades inevitablemente chocan.

Es en estos pequeños choques donde algo esencial comienza a desarrollarse. El niño empieza a descubrir que los demás tienen intenciones y sentimientos tan reales como los suyos. Este descubrimiento no puede enseñarse solo con explicaciones. Debe vivirse. Para que este aprendizaje pueda desarrollarse, los niños necesitan la presencia firme de adultos que puedan acompañar estos momentos con una autoridad tranquila.

Parte de este acompañamiento implica algo que hoy en día a muchos adultos les cuesta ofrecer: límites claros y confiables.

Los niños pequeños todavía no tienen la capacidad interna para manejar cada impulso que aparece en su interior. Sus emociones pueden pasar rápidamente a la acción. Cuando un niño empuja a otro, lanza un juguete o se niega a detener una actividad, muchas veces no se trata de una decisión calculada, sino de un momento en el que el impulso ha superado al autocontrol.

En esos momentos el adulto sostiene el límite por el niño.

A veces ese límite debe ser firme y muy claro. Un adulto puede decir con calma: “No puedo dejar que pegues”, mientras detiene suavemente las manos del niño. Si un juguete está siendo lanzado, el adulto puede decir: “No puedo dejar que tires eso”, y retirarlo de la situación. Estos momentos no son castigos. Son actos de protección.

Hay ocasiones en que un niño pequeño necesita encontrarse con un límite claro e inamovible. Un “no” tranquilo y seguro puede resultar profundamente reconfortante para un niño. Comunica que hay alguien responsable presente que puede sostener la situación y proteger a todos los involucrados.

Los niños perciben rápidamente si un adulto realmente quiere decir lo que dice. Si un límite cambia cada vez que el niño lo empuja, el niño seguirá probándolo. No porque sea manipulador, sino porque está intentando descubrir dónde está realmente ese límite.

Un límite claro permite que el niño se relaje. Le muestra que el mundo tiene una estructura más allá de sus propios impulsos.

Con el tiempo, estos límites externos se transforman poco a poco en límites internos. Lo que comienza con el adulto diciendo “no”, gradualmente se convierte en la capacidad del propio niño para decirse “no” a sí mismo.

El castigo suele interrumpir este proceso. Cuando un niño es castigado por un error, la atención se desplaza desde la comprensión hacia evitar las consecuencias. El niño puede volverse defensivo, avergonzado o temeroso, en lugar de reflexivo.

Las recompensas pueden generar un problema similar. Cuando se ofrecen premios por un buen comportamiento, la atención se desplaza hacia la aprobación externa en lugar de la experiencia natural de cooperación y responsabilidad.

Los niños pequeños no necesitan castigos ni recompensas para aprender a vivir con otros. Lo que necesitan es algo a la vez más sencillo y más exigente por parte de los adultos que los rodean: una autoridad tranquila, límites consistentes y la oportunidad de experimentar los desafíos sociales que surgen naturalmente cuando los niños comparten el mismo espacio.

A través de estos encuentros algo importante comienza a crecer dentro del niño. Descubre que sus acciones afectan a otras personas. Empieza a reconocer los sentimientos de los demás. Poco a poco desarrolla paciencia, empatía y la capacidad de reparar una relación cuando algo se rompe.

El conflicto también fortalece la voluntad del niño. Cuando cada frustración se elimina, los niños pueden volverse dependientes de los adultos para resolver sus problemas. Pero cuando los adultos acompañan las situaciones sin eliminar todas las dificultades, los niños gradualmente ganan confianza en su propia capacidad para desenvolverse en las relaciones.

Aprenden que los desacuerdos pueden ocurrir y aun así resolverse. Aprenden que la frustración pasa. Aprenden que la conexión puede restaurarse después de que algo se rompe.

Los primeros años de la infancia están llenos de impulsos fuertes y emociones intensas. Un juguete será arrebatado. Una torre caerá. Alguien llorará. Alguien gritará. Y poco después el juego volverá a comenzar.

Desde afuera, estos momentos pueden parecer caóticos. Pero dentro de ellos algo importante se está formando en silencio.

A través de estos pequeños encuentros, los niños comienzan a descubrir que el mundo es compartido. Empiezan a reconocer que otras personas importan tanto como ellos. Y lentamente, a través de muchos pequeños conflictos y muchas pequeñas reconciliaciones, comienzan a aprender el delicado arte que todo ser humano deberá practicar a lo largo de su vida: el arte de vivir juntos.

Sobre el autor

HeyZeus Oak es el fundador de **Heart in Hand Preschool** en Portland, Oregón, un programa de educación infantil Waldorf completamente certificado y miembro de **WECAN**. También es mentor formado a través del **Center for Anthroposophy** y dedica su trabajo a cultivar reverencia, ritmo y belleza en la vida de los niños pequeños.